

## UN ESPEJO EN EL BOSQUE

Tenía por entonces un caballo. Me lo cuidaban en una chacra a cambio de un dinero que me parecía razonable. Mínimo una vez por semana lo sacaba –o me sacaba- a pasear por los campos linderos, por demás extensos, incluyendo un denso bosque de pinos a cuyo extremo opuesto nunca pude llegar de tan lejano. A mi equino, ya lejos de sus años de potrillo, lo llamaba Caballo, y era el animal más manso imaginable. Como veremos, a su manera discernía, y era capaz de actuar en consecuencia. Dios lo tenga a su lado en el Cielo de los Caballos y le tenga en cuenta lo fiel y lo útil que fue conmigo.

Grandote y pesado, pelo rojizo, pero melena y cola doradas, lindo caballo ha de haber sido en su juventud. Para su vergüenza -y no dudo que mediando circunstancias extrañas- fue caballo de tiro un rato largo en su vida. Inútil ya para esos menesteres –por antieconómico seguramente-, en algún momento fue reconvertido para monta. Monta de paseo, por supuesto, tranquila y segura, para viejos y para niños. Cuando lo conocí tenía un aire de resignado, de entregado a su destino –me hizo pensar en el caballo de Turín, aunque no tan hambriento ni exhausto. Se imaginaría ya, el pobre, quizá un espantoso destino en el matadero. Daban ganas de colgarse de su cuello para consolarlo.

Hasta que vine yo a curarlo de pesadillas. Durante sus años conmigo se pasaba el día masticando forraje tierno. El hijo del chacarero por un extra de pocos pesos lo cepillaba –le compré un cepillo suave para la cabeza- y lo sacaba a retozar y a tomar el aire en un pradito de junto al establo, cuidándose de guardarlo en cuanto bajaba el sol. Me hice fotografiar montándolo, pero el

pobre era tan poco fotogénico como su dueño. Nos vemos como un señor panzón y un poco pelado trepado sobre un caballo aburrido. Con todo, hay que decirlo, tonto no era: sólo volvía la cabezota cuando yo lo llamaba. La volvía inequívocamente, y se quedaba mirándome fijo con su gran ojo sentimental, como diciendo: sí señor, soy su caballo. No le hacían falta las palabras.

Nuestros paseos eran pasito a pasito. Podía inducirlo a un trote corto, aunque no sin protestas. Casi nunca a un trote largo, que por lo demás, se le acababa enseguida. Galopar yo creo que nunca supo qué es, o se le había olvidado. A veces un perro de la chacra pretendía acompañarnos, pero Caballo no quería su compañía. Ladrador empedernido, el cuzco terminaba por irritarlo. Caballo sacudía entonces la cabeza, nervioso, y daba patadas en el piso, con lo que le advertía al cuzco que pusiera distancias.

Un día salimos a pasear, había llovido pero no mucho, el piso estaba blando, todo lo verde brillaba y el olor a frescura era embriagador. Ensayamos un trotecito de campeones hasta llegar al monte de pinos. En el silencio umbrío del bosque el aire estaba húmedo y fresco. Avanzamos al azar entre los pinos pateando arena y pinocha, sin rumbo, puesto que no hay senderos en este pinar muy poco transitado. De pronto Caballo, que avanza a su albedrío, tuerce decididamente, como si hubiera visto algo que le llamó la atención. Avanzó un par de pasos más y luego se detuvo, desconcertado, y agitó la melena para llamarla la atención. Después dio unos pasos más y vi que detrás de un arbusto, entre dos pinos robustos que parecían custodiarlo, había un espejo. Un espejo de cuerpo entero, sólidamente apoyado sobre las cuatro patas de su base, y ancho como para que se pudiera apreciar completo un miriñaque.

No me hizo falta más cercanía para saber que era un espejo de estirpe, privilegiado, un espejo tremendo, de cámara imperial aunque no luciera en el marco escudo alguno, un espejo enorme, de roble, como ya no se los fabrica en nuestras democracias, un lujo que para nada necesitamos, que no cabe en nuestras vidas y que los que lo pueden pagar ni se lo imaginan. Nada tenemos los del común, ricos incluidos, que merezca reflejarse en un espejo semejante.

Impresionado, bajé de Caballo. Para bajar me sacaba los pies de los estribos, deslizaba la pierna derecha por encima de las crines y me deslizaba como por un tobogán, aterrizando como mejor podía. Era fácil. Lo difícil era trepar a su lomo sin la asistencia adecuada. Siempre fui urbano. Prefiero no explicar cómo llegué a tener a Caballo, y cómo llegó a serme a tal punto imprescindible como para no poder pasar una semana sin darle sus palmaditas en el cuello, hablarle al oído y escuchar lo que me contaba con su grande y húmeda mirada.

Sé que Caballo me consideraba la mejor vuelta de tuerca que el destino podría haberle deparado, y que le agradecía al dios de los caballos cada vez que, oyendo mi voz, comprobaba que sigo siendo su dueño. Estábamos hechos el uno para el otro, y por eso resopló nervioso al verme caminar hacia el tremebundo espejo. Avanzó a mis espaldas, siguiéndome, decidido a morderme un hombro si fuera necesario para advertirme del peligro. Así, juntos, su cabezota asomando por sobre mi hombro, nos asomamos al espejo.

Y bien, sí, ahí estábamos, por duplicado, mirándonos como si nunca nos hubiéramos visto reflejados en un espejo –que hasta donde yo sé, juntos, nunca nos había sucedido. Pero no nos dio ni para disfrutar de la postal. El espejó habló. O algo en algún lugar habló y a nosotros nos dio la impresión de que era el espejo que nos hablaba.

-Quita a tu jumento de aquí –dijo el ente imperceptible, intolerante por demás-.

No soy un espejo para borricos. Me reservo el derecho de admisión, y sólo admito animales humanos, o símiles auténticos.

No me sorprendió que el espejo hablara, todos sabemos –o estamos dispuestos a admitir, por las razones que sea- que eso puede llegar a suceder, y que, de hecho, sucede. Los espejos son bichos raros. Lo que me sorprendió fue que su voz sonara tan... diseminada, como si todo el bosque me hablara a la vez. Caballo se dio por aludido y retrocedió unos pasos, pero quedó atento y nervioso, dispuesto a intervenir para rescatarme de lo que fuera.

-Da una vuelta alrededor del espejo –me ordenó entonces la voz, tan sin centro ni matiz de identidad, que me pregunté si no sonaría sólo dentro de mi cabeza.

La vuelta al espejo era larga, debido a los robustos pinos centinelas. Nada había de notable detrás del espejo. El dorso estaba totalmente cubierto por una sólida lámina de madera. La voz me acompañó durante el paseo:

-Como habrás comprendido no soy cualquier espejo. Ni es por casualidad que te encontrás un espejo como este en medio de un mediocre bosque de pinos suburbano.

-Ahá –contesté, fingiendo indiferencia, decidido a quitarle un poco de soberbia al formidable mueble.

-En realidad estaba esperándote –soltó, haciéndose el misterioso precisamente cuando, terminado mi paseo, volvía a situarme frente a la vasta luna comprobando, para mi estupor, que mi imagen, mi duplicado, no comparecía.

Me asomé un poco al espejo por ver si mi imagen venía atrasada, pero nada. Estaba el espejo, y en el espejo el bosque, el mismo bosque seguramente, pero no mi imagen. Me miré las manos, y la panza, y me miré los pies, temeroso de haber perdido no solo mi imagen espectral, sino de ya no tener imagen alguna para reflejar. Pero no. De este lado sí estaba, sólo no estaba allí, dentro o del otro lado del espejo, como se quiera decir. Miré a Caballo, que levantó la cabezota y peló los dientes y me hizo con la cabezota gesto de vámonos de aquí.

-No temas –dijo la voz, burlona, infantil de tan oronda-. Desandando lo que caminaste alrededor mío recuperás tu imagen.

Sin reflejar imagen me sentía blando como un invertebrado, insustancial, líquido. De manera que, rapidito, di marcha atrás para volver a verme en el espejo, cosa que sucedió. Nunca me encontré tan guapo. Tan complacido quedé que creo que hasta Caballo se tranquilizó.

-Muy buen truco, muchas gracias. Listo. Nos vamos, Caballo –dije sin más trámite, dejando la dignidad inherente a la curiosidad para mejor ocasión.

Tomé las riendas y busqué en derredor algo que me pudiera servir como escalón para izarme a lomos. Nada. Una vez más pensé que tenía que entrenar a Caballo para que se arrodillara como un camello.

-No te quejes cuando te enteres de lo que te perdiste –dijo entonces la voz, tan cerca de mi oído que me di vuelta como para verle la cara.

Obviamente que ante semejante advertencia no pudo sino manifestárseme, finalmente, el bichito de la curiosidad. Viéndome dudar Caballo torcía el cogote tironeando de las riendas.

-¿Qué tenés que valga unos minutos de mi tiempo? –pregunté, afectando indiferencia, y hablándole al aire, como los locos, aunque apuntando más bien hacia el espejo.

-Vení, acercate –dijo, amistosa la voz, implicando seguramente que me acercara al espejo.

Solté las riendas y fui.

-Tenés que dar otra vez la vueltita alrededor. Dale. No te vas a arrepentir...

-¡Ufa! –hice, pero volví a rodear el espejo, ostentando desgano.

Otra vez enfrenté el espejo, no diré que vacío, porque ahí estaba reflejado el bosque. Pero ¿era el mismo bosque u otro parecido? No empecé a comparar. Di por bueno el reflejo porque me pareció captar un movimiento furtivo dentro del espejo, hacia la izquierda. Ya por entonces había empezado a asumir que la luna de este espejo era como una ventana abierta entre dos espacios idénticos y diversos, en uno de los cuales yo no estaba, y que por consiguiente lo que diera en comparecer en ella debería a la vez sorprenderme y no sorprenderme. De manera que:

-Hola... –llamé, amistoso.

Nada. Pensé que quizá el vidrio del espejo era demasiado grueso y por eso no se me oía. No sabía yo por entonces que los espejos mágicos, precisamente, y entre otras cosas, son los que tienen vidrio, pero a la vez no tienen.

-Hola –insistí con voz más fuerte-. ¿Me oye?

Nada. Quizá el habitante del espejo era muy tímido. Quién sabe lo que pensaría de los que viven fuera del espejo. Nada raro sería que hubiera conocido a alguno violento o maleducado.

Finalmente, no asustado pero alerta, muy lentamente alguien fue apareciendo del lado izquierdo de la luna. Media cara, un hombro, un brazo, una muchachita. La reconocí de inmediato, instantáneamente, y casi me desmayo por la sorpresa. Era Amanda. Los ojitos pícaros, la boca grande y dulce, el cerquillo casi hasta las cejas. Pero ¿cómo Amanda tal y como la conocí hace ya casi cincuenta años? ¿Será la hija, la nieta?

Amanda fue mi amor de infancia. Tenía un par de años menos que yo. Su belleza delicada e inocente debiera de haberse arruinado hace ya mucho tiempo. Pero no. Ahí estaba, fuera del tiempo y de las catástrofes de la edad. Era ella tal y cual era cuando su familia se cambió de barrio y dejé de verla, a los once años de su edad.

Como tranquilizada por mi evidente embeleso me dejó verla de cuerpo entero, menudita como siempre fue, vestía una especie de camisón o túnica, blanco y rústico. Descalza, sus piecitos pisaban la pinocha y la tierra arenosa. Era, extrañamente vestida e imposiblemente existente, Amanda, sin duda alguna.

Ahí estaba, etérea y espiritual como cuando me fascinaba en los primeros insomnios de mi despertar sexual. Pero ¿para qué podía yo querer esta contemplación alucinatoria en el espejo, mucho más precisa que el más intenso de mis recuerdos? ¿Para torturarme con la nostalgia de lo más puramente deseado pero nunca alcanzado y perdido para siempre? Mejor sería que la dulzura y la amargura del amor primero y nunca realizado más allá de las

miradas, pérdida primigenia e inconsolable, siguiese durmiendo para siempre en el reino remoto del olvido.

-Amanda –balbuceé, y ella se acercó. Entonces pude ver en sus ojos un embeleso no menor que el que ella pudo ver en los míos.

Apenas lo dudé. Se me hizo inmediatamente evidente: ella no veía al cincuentón panzón y medio pelado, ella me veía tal y cual era cuando ya no pudimos vernos más. Tampoco sabía yo por entonces que lo peculiar de la magia de un espejo mágico es, digamos, que funciona de ida y vuelta.

-Eran tan pocas las posibilidades de que alguna vez te cruzaras con uno de los espejos mágicos... -dijo con su vocecita de niña bien educada y seriecita.

-¿Espejos mágicos? –repetí sin poder salir del pasmo que me provocaba ya no el contemplarla sino el estar hablando con ella-. No sé nada de eso. Mi caballo me trajo...

-Claro –dijo sonriendo, como si todo encajara-. Tu caballo es mágico.

-Eso te lo creo -coincidí.

Nos quedamos mirándonos, maravillados y desbordantes de ansiedad.

-Yo te veo como te vi... y vos me ves como me viste... -deduje trabajosamente.

-Exacto. Ni vos me ves como soy ahora ni yo te veo como sos ahora. Se llama magia de espejo, y es por única vez.

Sí, así hablaba ella ya a esa edad, muy señorita a sus once añitos, siempre juiciosa y cuidando las palabras.

-Esperé y esperé, pensé que nunca cruzarías frente a uno de los espejos, llegué a pensar que ya te habrías muerto...

Muerte era una palabra impensable en los labios puros e ingenuos de Amanda. No sabía qué decirle. No imaginaba yo que ella me amara tanto o más que yo a ella. Por el deseo de volver a verme había recurrido a los espejos mágicos. ¿Cómo? ¿A qué costo? Pero y ahora ¿qué? No éramos más que dos fantasmas frágiles como un sueño que se disolverían alcanzados por tan solo una gota de realidad.

-Vení –dijo tendiéndome una mano.

-Ir ¿cómo?

-No pensarás que llegamos a este punto sólo para volver a vernos las caras – rezongó sacándose el cerquillo de la frente con el gesto que tan bien le conociera y que tan bien había olvidado. Me sonrió con sus ojos pícaros y castaños y con su gran boca deliciosa y agregó-. Aunque sólo por eso hubiera valido la pena la espera ¿verdad? Dame la mano.

Tendí mi mano y cuando llegó a donde estaría el vidrio no es que este desapareció, sino que no estaba, no lo había, y nuestras manos por primera vez, por primerísima vez en nuestras vidas, se encontraron. Sentí que desde su mano fluía por todo mi ser una ligereza y una lucidez que eran las de un muchacho todavía niño. Con un paso largo y cuidadoso, como para evitar un abismo, pasé al otro lado del espejo.

Era yo, sí, muchachito otra vez, con mi camiseta descolorida que usé años y años, y mis jeans negros y mis zapatillas coloradas, y ella, chiquilina deliciosa, pero con ese camisón como de reclusorio o de manicomio, acercándose a mí

ahora, casi pegándose a mí mirándome a los ojos con una intensidad exasperada, como si esperara de mis ojos no se sabe qué evento decisivo.

-¿Te acordás que me mirabas todo el tiempo? –pregunta.

Claro que me acuerdo, todo el tiempo la miraba y cuanto más la miraba más la endiosaba, más la rodeaba de un aura de intocabilidad perfecta. Nada rompía el encantamiento, la miraba en vez de hablarle, tocarla, robarle un beso, hacerle cosas que la enojaran y la irritaran, como hacían los chicos de mi edad, hasta que se diera cuenta de que estaba tan flechada conmigo como yo lo estaba con ella, cosa que en realidad no necesitaba demostración, porque ¿quién no se enamora de una mirada que endiosa como la mía la endiosaba?

Su boca, que ahora casi rozaba la mía, su boca era el punctum de mi delirio, de su boca esperaba yo todas las delicias del amor. ¿Qué delicias? Que me hablaría, que se me ofreciera para el beso. Porque, vírgenes como éramos de cuerpo y de alma, no pasaban por nuestra imaginación las habilidades que después aprendimos a desear, esperar y exigir de las bocas amorosas que se nos ofrecieran.

De pronto sentí como agarrotada la garganta y me costó tragar saliva. ¿Para qué este reencuentro propiamente mágico? ¿Para reditar el casto enamoramiento que tuvimos de chiquilines o para darnos por fin lo que la vida no quiso que nos diéramos, y que terminamos por darle a otros que nunca pudieron compensarnos por lo que habíamos perdido? Darnos por fin el uno al otro, unirnos por fin en la sagrada cópula, sólo para eso tenía sentido este reencuentro. ¡Lamer la sagrada concha, dar a mamar la sagrada verga, bañar con el sagrado semen la sagrada entraña...! Una ventanita se había abierto en

la irreversibilidad del tiempo para que se cumpliera lo que estaba escrito y que la torpeza del mundo impidió que se cumpliera.

-Yo esperaba que dejaras de sólo mirarme, que abrieras la boca, que tomaras posesión de mí que ya era tuya. Todo el resto del día quedaba prisionera de tu mirada.

Una luz inesperada iluminaba los momentos que habíamos compartido y me hacía verlos como realmente habían sido.

-¿Por qué en el ómnibus que nos llevaba, a mí ya al liceo pero a vos todavía a la escuela, siempre estaba libre el asiento a tu lado?

-Porque yo lo reservaba para vos poniendo mi cartera.

Aunque el ómnibus viniera vacío a esas horas tan tempranas, ella reservaba para mí el lugar a su lado. Y aunque el ómnibus estuviera vacío yo subía y me sentaba a su lado como si fuéramos novios. Y nunca nos dijimos ni siquiera “hola”, como si tuviéramos temor de romper el encantamiento, de que si hablábamos se desvaneciera lo sagrado.

-Decime que se rozaban nuestras rodillas, nuestras manos... -exigí, seguro de que no había sido así.

-No, no nos rozábamos. Aunque yo me hubiera dado a lo que vos quisieras. Tenía once años, todavía no había menstruado, pero estaba dispuesta a ser mujer, para vos.

-Y después desapareciste. Ya no estabas. Quedé anonadado. Lloraba todas las noches. Me sentía enfermo. Mi madre me llevó al médico.

-Fue por la muerte de mi padre, tuvimos que mudarnos, mi madre tuvo que mandarme a la escuela pública.

-Quedé esperándote. Cada mañana esperaba que estuvieras en el ómnibus.

Aún hoy al subir a un ómnibus miro a todos los pasajeros antes de sentarme.

-Cuando tuve la edad para hacerlo te busqué por todas partes, pero no sabía ni tu nombre. Muchos años después, ya desesperada, deprimida crónica, supe de los espejos mágicos. Una ilusión, algo casi imposible... Y aunque haya sucedido no es una marcha atrás en el tiempo. Es sólo por unos minutos...

Pero, dure lo que dure, será suficiente para mí si me abrazás...

-Sí, lo suficiente para ser a la vez aquellos que fuimos y estos que somos. De una vez cerrar el abismo, ser de una vez... para siempre.

-Intactos... vírgenes...

-Pero también corrompidos por la avaricia y la mezquindad del mundo y de la vida.

-No. Curados, salvados de la mediocridad de una vida que no era la nuestra, la que nos estaba deparada, pero que igual tuvimos que vivirla.

-Angelizados al fin, poseyéndonos en tanto seres de luz que éramos y que estábamos destinados a ser.

Amanda tomó del borde inferior el camisón, vestido o lo que fuera y tironeando con rapidez se lo sacó por la cabeza. Puesto que no llevaba más ropa debajo, quedó desnuda. Desnuda en medio del bosque. Menuda y frágil con sus tetitas apenas despuntando y su pubis lampiño. ¿Consumar ahora aquí aquel amor doloroso y eterno, curarme para siempre de aquel amor de adoración

consumándolo en la carne? ¿Tomar ahora, ya tan tarde, en una pantomima fantasmática, lo que en estado de total pureza era para mí y sólo para mí y que no supe tomar? ¿Esta consumación más allá del tiempo nos salvará de la vulgaridad, de la irremediable mediocridad de nuestras vidas? Me mareaba a la vez ser aquel que soy y éste que fui, y me mareaba sentirme a la vez dentro y fuera del tiempo, y me mareaba la inocente desnudez de Amanda. Era como estar soñando.

En todos estos años sólo dos veces soñé con Amanda. Una vez el sueño fue horrible, la otra vez fue horroroso. En uno –no recuerdo el orden- yo era sólo testigo, una mirada sin edad, y Amanda, esta Amanda niña, estaba desnuda y me mostraba su sexo, apenas una hendidura en la piel. Ella lo abría separando los labios con ambas manos, y en la rosada mucosa, en lugar de lo que debía haber, había una cremallera de metal, un cierre, pequeño como el de un monedero de vieja. En el otro sueño yo tenía mi edad real –estaba en la treintena- pero Amanda seguía siendo la niña. Yo tenía una verga larguísima que se retorcía como una serpiente, le desnudaba el glande y de la boquita salía una lengua bífida. Amanda estaba vestida con el uniforme marrón de la escuela, pero separaba las piernas y me mostraba que debajo estaba desnuda. Mi verga tironeaba de mí para acercarme a ella, y en cuanto pudo se deslizó dentro del vientre de Amanda. Larga como era siguió introduciéndose hasta que, completamente enroscada sobre sí misma, quedó allí alojada. Yo veía su silueta, como un bajorrelieve en la delicada piel del vientre de Amanda.

Amanda extendió el camisón en el piso y se acostó encima. Separó un poco los muslos para mostrarme la vulva, cerrada como una boca sin labios, apenas un pliegue en la piel, como una herida desde hace mucho cicatrizada. Bajé el

cierre del jean y saqué mi verguita preadolescente completamente empinada. Nos miramos como niños viejos, que lo han visto todo pero no han visto nada. Amanda separó más los muslos y su vulva se abrió como una flor carnosa. Me tendió las manos, pero yo no podía dar el paso, arrodillarme entre sus piernas y clavarla en ella por más que la verga me vibrara como a punto de acabarse sola.

-Decime algo -le pedí.

-Vení. Cogeme. Ya no puedo esperar más –pronunció, y su voz de niña, cargada con tales palabras sonó, de tan obscena, al borde de lo demoníaco.

Los ojitos pícaros, la boca dulce, los dedos de ambas manos abriendo la vulva, tanto que, abriéndose la boquita pude ver, intacta, la membrana de la virginidad.

-¿Qué te pasa? ¿Tenés miedo de que finalmente seamos marido y mujer? – preguntó no tan inocente como sabia.

-Sos virgen –dije con mi voz infantil de viejo miedoso.

-¿Qué esperabas? ¿Qué hubiera tenido un amante a los once años? Soy toda virgen -declaró, y se abrió más para que le viera el culito-. Toda. Mis manos son vírgenes y mi boca es virgen. Vení, teneme toda y como quieras. ¿No ves que el tiempo de este milagrito se va escurriendo y que no va a haber otra oportunidad nunca más, en toda la eternidad?

A medida que hablaba más me parecía una muñeca de ventrílocuo, como si alguien, desde detrás de una máscara, se esforzara por ensuciar mis recuerdos más puros. Y sin embargo no habría fuerza en el mundo que me impidiera

tomar lo que me ofrecía, todo lo que me ofrecía. Como un lobo la devoraría, y me sobraría lefa para llenarle todos los orificios y para bañarle la cara y las tetitas incipientes y el vientre, los muslos y hasta los pies.

-Mirame bien –dijo abriéndose más la concha-, mis mucosas rosadas, claritas, brillantes, sin uso, sin callo. Ni siquiera me hacía la paja todavía. ¿Querés hacerme una pajita para empezar?

No podía soportar a la niña vieja o a la vieja niña, pero tenía la verga hinchada, a punto de explotar.

-Hablame con tu voz de entonces –balbuceé.

Tomé mi verga y empecé a menearla, despacito. La carita se le llenó de encantamiento.

-¿Vos sí te la hacías? –dijo con su voz de niña, tal y cual.

-Apenas empezaba -confieso, sintonizando con ella.

-Mostrame –exigió.

Cerré los ojos, meneé más fuerte, jadeé, a punto de explotar. Abrí los ojos.

-¿Ves? –dije con un hilo de voz.

Se sentó para ver de más cerca. Exploté y el chorro de lefa blanca y olorosa le cayó encima, en la cara y en el pelo. Otro chorro le dio en el pecho. Con los ojos y la boca abiertos me miraba sorprendida, sin palabras, jadeando.

-¿Y yo, qué tengo que hacer? –preguntó.

-Tocate.

Volvió a recostarse, abrió las piernas y se cubrió la vulva con la mano.

-Frotate ahí donde sentís más –dijo.

Buscó el punto con las yemas de los dedos. Cerró los ojos y de su garganta se escapó un hálito de puro placer, como si nunca hubiera sentido lo que ahora sentía. Vi que tenía la verga erecta como si no hubiera acabado. Comprendí que así estaría hasta que, ítem por ítem, todo lo que sabíamos que la voluptuosidad puede exigir, quedara consumado. A menos que el mundo estallara en mil pedazos... que fue precisamente lo que sucedió.

-No puedo seguir. Parece que se me fuera el alma –dijo Amanda sin que sus dedos dejaran de frotar, cada vez más hábiles.

Me bajé el pantalón y me arrodillé entre sus muslos, se los levanté para embocar la cabeza de la verga en el orificio obturado. Me miró, jadeando.

-Sí, dámelo –dijo como derritiéndose.

De un solo puntazo atravesé la entrada y seguí de largo hasta el fondo. La garganta de Amanda exhaló el canto del cisne de su virginidad. ¿Cómo hubiera sido esto si ella no se hubiera ido del barrio y tarde o temprano hubiéramos llegado a ser novios? Eso me pregunté al sentirme alojado en la suavidad de su conchita. ¿En la casa de quién? ¿Apurados, a las escondidas? ¿O entre las dunas, en la playa, a la intemperie como nosotros ahora?

La cogí despacito hasta que los suspiros de dolor desaparecieron y Amanda, aquella Amanda, mi amor de infancia, empezó a experimentar realmente estar siendo cogida, no tanto como para devolver la cogida, pero experimentando el deseo de abrirse más y más. Hasta que se estremeció, puso los ojos en blanco, luego los cerró y soltó su garganta una melopea que por lo menos a Caballo, que era la única vida que había alrededor del espejo, debe de haberlo

inquietado, porque por primera vez lo oí propiamente relinchar, como  
llamándome.

-Voy a acabar dentro de ti –anuncié cuando ya era incontenible.

-Hacelo, preñame –suspiró Amanda, completamente acabada.

-Pariremos ángeles, o fantasmas, o más seguramente un niño viejo –gruñí  
enloquecido, soltándome tan en el fondo como pude y tanto como pude, hasta  
que la lefa rebalsaba y resbalaba canal abajo hacia su culito. Ahora le voy a  
romper el culito, pensaba mientras acababa más y más.

-Ahora abrime el culito –pidió con su voz de niñita otra vez tomada por deseos  
espurios, deseos que no tendría que haber conocido sin mí.

Le levanté más los muslos y el nudito rosado resplandeció. La lefa ya lo había  
alcanzado.

-Abrilo –dije niño como ella y como ella espurio y vicioso.

-¿Cómo?

-Con un dedo.

Deslizó entre sus piernas una mano, apoyó el dedo medio y lo hundió con  
facilidad.

-Todo –dije y lo hundió cuanto pudo.

Cuando lo retiró la boquita rosada, vencida su virginidad, quedó abierta en O.

-No creo que podamos –calculé.

-En este tiempo fuera del tiempo todo nos está permitido, todo es posible –me aseguró, suspirando mientras su mano se detenía sobre el pubis y el dedo abyecto retomaba la excitación del punto sensible.

-Sí –pensé dándome ánimo-, no estaríamos aquí, concibiendo este deseo, si no fuera posible realizarlo.

Quizá con mi verga gorda y pesada de cincuentón no hubiera podido ser posible, menos aún con la nudosa como roble de mi juventud, pero mi verguita de preadolescente atravesó el nudo, lubricado con lefa, y penetró hasta que no quedó fuera ni un solo milímetro.

-Amanda... –suspiré-. ¿Te duele?

-Nada. Es divina. Llename de leche –pidió, pajeándose con una habilidad que, comprendí no sin disgusto, no conocía a los once añitos.

Le di por el culo hasta que sentí que una nueva descarga se me agolpaba ya en el tallo de la verga. Amanda gozaba por el culo y por la paja, ondulando y retorciéndose como una serpiente. Es un monstruo, pensé. Somos monstruos. Con la otra mano se untaba y expandía los goterones que le había dejado sobre la piel, y que, de tan espesos, ni le goteaban. Se untó con semen el pelo, el cerquillo tan amado. Somos monstruos, viejos viciosos, abusando de nuestros cuerpos vírgenes, pensé. ¡Imposible! Es la abyección suprema. ¿Qué mente puede haber permitido que esto sea posible? ¿Lo hizo por compasión hacia nuestro amor de adoración perdido? ¿O lo hizo por puro morbo?

-Acabá de una vez que me muero por chupártela –exigió grosera hasta la obscenidad.

Sí, mi dulce Amanda se regodeaba en sus propias palabras obscenas. No pude más y le acabé lo más hondo que pude. Acabé chorros de caballo, de burro, chorros de fuego blanco como para llenarle los intestinos y reventarle en el cerebro. Amanda gritó con un grito enloquecido, de orgasmo de culo y orgasmo de paja sumados. Caballo le respondió puntualmente.

-Tu bestia entiende de qué se trata –susurró Amanda estremeciéndose en las postimerías del orgasmo-. Me extrañaría que no tuviera la verga chorreando.

Me miró y su gran boca, dulce pero a la vez feroz y voraz, me sonreía plenamente como sonríe alguien que se siente finalmente libre, la niña de la vieja y la vieja de la niña.

-La eternidad que la mezquindad de Dios y su mundo nos negaron se ha consumado gracias a la generosidad del Demonio –dijo entonces, palabra por palabra como quien recita una fórmula mágica-. Y ahora sacámela del culo que voy a chupártela hasta que los huevos te queden secos como nueces.

Pero de pronto el mundo estalló en mil pedazos. Como lanzado por una onda expansiva salí volando a través del marco del espejo, haciendo añicos a mi paso el inexistente vidrio, y yendo a caer a metros de distancia, rebotando mi nuca contra el piso, por suerte arenoso. Otro estallido consiguió abrirme los ojos. Era Caballo que golpeaba el espejo mágico con unas coces tremendas. Frenético golpeó una y otra vez hasta que estuvo toda la luna hecha añicos.

-¡Caballo! –grité.

Cesó el ataque, torció el cogote para mirarme, y cuando vio que estaba sentado en la arena se tranquilizó. Se acercó despacito, cabizbajo como no sabiendo si esperar un premio o un castigo. No sin esfuerzo conseguí ponerme

en pie. El miembro, pellejudo y pesado, me asomaba por la bragueta. Me acomodé la ropa. Los oídos me zumbaban y tenía náuseas. Me agarré de las riendas de Caballo para no caerme. Entonces el bicho me demostró, a la vez, lo bien educado que estaba y lo ladino que era. Se arrodilló, propiamente como un camello, y no sólo con las delanteras sino con las cuatro patas, de manera que me resultara fácil montarlo. Anochecía cuando regresamos a la chacra. Tan derrengado como molido a palos regresaba, como el Quijote regresaba a menudo a su casa solariega. No sabía yo si con su demencia protectora Caballo había evitado que se realizara mi sueño más preciado o si me había salvado de que el Demonio me marcara con el más brutal de sus estigmas.

Después de una noche de buen sueño, de una ducha caliente y de un opíparo desayuno decidí que nada de lo que aquí narro podía haber sido realidad. En otras palabras, que por más que lo hubiera vivido intensamente, no veía -ni veo- posibilidad alguna de que haya sido realidad, ni de que como tal realidad alguien esté dispuesto a tragarse el cuento. Mejor pensar que fue un sueño, a medias un buen sueño y a medias una pesadilla. Por lo demás ¿algo ha cambiado en mi vida? Nada. Si lo que he narrado hubiera sido realidad habría tenido algún tipo de consecuencias aparte del dolor en la cintura que tardó días en remitir. Y Amanda sigue siendo en mí tan solo un recuerdo dulzón siempre a punto –y cada vez más cerca- del olvido definitivo.

Debo decir que, no obstante, volví a lomos de Caballo al bosque, en busca de alguna prueba definitiva, o sea, de los restos del espejo. Por más que nos agotamos dando vueltas no pudimos encontrarlos. Sin senderos un bosque es un laberinto. A menos que Caballo supiera muy bien donde estaban los restos y se encargara de eludirlos sistemáticamente. Que Dios lo tenga en el cielo de

los animales. Por mi parte me siento feliz por haber disfrutado de lo fiel y útil que podía llegar a ser Caballo si se lo dejaba actuar según su propio discernimiento.